

El Sarcastiricón: conjuros contra la adversidad

En esencia, la sátira es conjuro contra la adversidad. Una magia contra la ponzoña de los malvados y de los enemigos injustificados. Un encantamiento que mitiga y aun corrige la estupidez, la ignorancia y la fatuidad, esas formas del mal. Al menos, la sátira es un bálsamo contra toda época de penuria provocada por errores humanos. Cuando una ineptocracia precipita a la inerme comunidad hacia el caos, la miseria y el desamparo; cuando un tirano oprime, suprime y ensangrienta al pueblo que lo alimenta; cuando un juez prevarica con su cargo y tuerce la ley que debiera aplicar; cuando un explotador agosta la santidad del trabajo y paga con hambre y esclavitud a quienes debiera privilegiar; cuando un cerebro ruin transmite necedad y letargo en la conciencia popular, la sátira estalla como un remedio para lo inmundo, lo que atenta contra el mundo recio que alienta en cada uno y su entorno.

En un poema anglosajón del siglo XII, *La batalla de Maldon*, en el alba de la lengua inglesa, un rey apresta a sus guerreros a la batalla y apostrofa a su hechicero para que contribuya a la contienda. El interpelado responde con suficiencia que ya ha aprestado sus sátiras para lanzarlas a los rivales, y que con ese ataque mágico los derrotará, incurablemente llagados por el filo de sus palabras. A tal prestigio se elevó la sátira como incantación e instrumento práctico entre pueblos que con exceso de confianza apodamos bárbaros.

Una larga tradición literaria enaltece a la sátira en nuestra lengua. Desde la raíz latina de la cultura occidental se distinguen los nombres de Mar-

cial, Juvenal, el impar Petronio y más ingenios beligerantes que perfeccionaron —desde el epigrama hasta la novela— ese dardo de la expresión poética. Al buen arcipreste de Hita y a los anónimos constructores del romance no les fue desconocida la práctica del poema satírico y, en pocos siglos, el castellano dio origen a la amargura carcajeante de Quevedo, al encono refinadísimo de Góngora, a la audacia justiciera de Sor Juana, a la culminación de la burla y pórtico de lo sublime que, en buena medida, constituye la grandeza de Cervantes. Y tantos más satíricos, en lengua española, han sido y son, cuando la desdicha pública lo demanda y la perversidad privada lo merece.

Esta magia verbal se practica todavía, pese al menoscabo que los prodigios padecen en este mundo tan despojado de dinero, de esperanzas y de fe por el gran capital y su sociedad de irresponsabilidad ilimitada. Acaso porque los tiranos, los verdugos, los explotadores y los zopencos transnacionales se manifiestan ubicuos y desprovistos de faz (como dioses caídos que prodigan infortunio y se aplauden a sí mismos en la televisión), el poeta se ve compelido a afilar su palabra y emplea de nuevo el remedio del dardo a los embates globalizados de la avaricia, la usura y el despojo.

Esa criatura que aparece inerme y sin amparo —el ser humano— tiene el antídoto que le da su voz, su ímpetu inocultable ante la adversidad. Con su modesta magia, pone el lenitivo a los abusos por su denuncia. Insuficiente bálsamo, dirán ustedes, contra males tan extensos como los que hoy tolera-

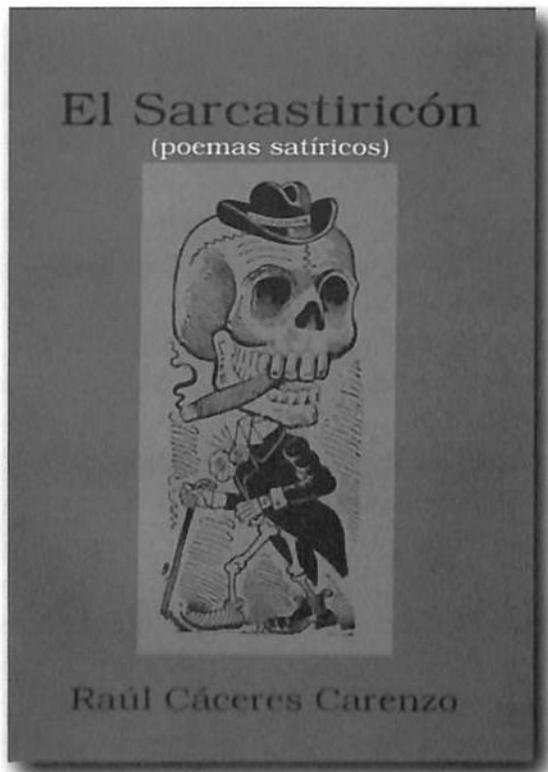
mos. Puede ser, pero el silencio ante el atropello ensancha las heridas, agrava la infección, amplifica el dolor. No hay que olvidar que en tiempos más aguerridos valía el dardo satírico tanto como las espadas y las flechas, y acaso perduraba más su poder defensivo. Los crueles, los deshonestos, los prevaricadores de ayer son los mismos de hoy; también sangran y sueñan y se enronchan, aunque lo hagan en torres ciclópeas. También a ellos puede alcanzarlos el estallido de su propia locura destructora.

La aparición del breve volumen de Raúl Cáceres Careño, que con su título rinde homenaje a la sátira literaria, al sarcasmo justiciero y al árbitro de la elegancia (quien lo fue también de la honestidad y pagó esto con su vida), es buena ocasión para recordar —y temer— las aplicaciones para la higiene pública que la palabra poética conlleva. Estos mínimos alegatos en verso despiertan nuestra rebeldía adormecida y nos incitan a la crítica social, que es el principio de la corrección para una muy incorrecta situación del ser en el mundo.

La publicación en Chetumal de *El Sarcastiricón* de Cáceres Careño, gracias al Instituto Quintanarroense de la Cultura, implica, además, la lenta pero segura recopilación —en Quintana Roo y en el Estado de México— de una obra literaria entrañable, que es tratada con injusticia en la tierra nativa del autor, ese Yucatán hoy desteñido de azul y poblado de personajes que han abonado ya su alojamiento en nuevas sátiras. Ante esta mezquindad no podemos sino hacer constar: nadie es poeta en su tierra. Pero también consta-

tamos que el espíritu sopla donde quiere, y que las ediciones que reconocen dignamente la valía de los autores son hoy la auténtica patria y el asiento de la constancia literaria. A esta justicia editorial y poética no la amenazan dardos, ni la menoscaban ponzoñas; antes, la bruñen y pulen, porque en literatura, como en la vida, lo que no mata, fortalece. LC

Raúl Cáceres Careño, *El Sarcastiricón* (poemas satíricos), [Pról. y sel. Benjamín Araujo Mondragón], Instituto Quintanarroense de la Cultura, Chetumal, Quintana Roo, 2001, 84 pp.



Tránsito

Que se detenga el tiempo sin tocarte.
RUBÉN BONIFAZ NUÑO

Mira nomás.
Qué cosas vemos.
Vivir para verte:

Pasó un rostro
como el tuyo
dentro de
veinte años.

No te enojés.
Ésta que vimos
culpa mía no es.
Tampoco tuya, no.
El tiempo
es culpa ajena.
Pero su rostro
es nuestro.

Mira, amorcito,
cuando el tiempo
te alcance;
estaré junto
a ti, de veras;
sí, cariño.
Te lo juro, vidita.

Ya pasó, ya, ya ...
sana, sana
colita de rana.

(Secreto a voces)